

gro y á todos sus parientes; y una vez terminada su misión, solo pensó en volver, considerándose en su país como en una tierra estraña. Sus parientes quisieron oponerse á ello, haciendo unos valer razones de conciencia, pues sostenian que estaba obligada como madre á no abandonar á sus hijos y el cuidado de sus negocios, y otros mas violentos, empleando un lenguaje destemplado y pretendiendo que era un deshonor para su familia ver á una persona de su clase, *oculta*, decían, *bajo dos varas de estameña*, y que se debia hacer su velo mil pedazos. A los primeros la santa viuda contestó con dulzura, que desde Annecy velaria por los intereses de sus hijos, y que además iria á Borgoña siempre que la necesidad lo reclamase. A los segundos dió sonriendo esta firme respuesta: «El que ama mas su corona que su cabeza, no perderá la una sin la otra;» dando á entender con eso que antes perdería la vida que su velo, al que consideraba como su corona.

Partió pues de Monthelon, despues de cuatro meses de estancia en Borgoña; y habiéndose detenido el primer día de su viaje en una capilla que se encontraba en el camino, para asistir en ella al Santo Sacrificio, fué favorecida con un éxtasis, en el cual, viendo la complacencia que tiene Dios con un alma perfectamente pura, tuvo la inspiracion de obligarse con voto á obrar siempre lo que le pareciera mas perfecto. Llegada á Annecy, conferenció sobre este voto con el santo Obispo, y con su consejo favorable lo pronunció, con un fervor que no puede ser comprendido sino por un alma tan santa como la suya.

Su comunidad durante su ausencia, habia sido dolorosamente probada con la enfermedad; y la hermana Brechard, comprendiendo dignamente los deberes de la superioridad, se habia consagrado á los cuidados de los enfermos hasta el punto de comprometer su salud con sus trabajos escesivos, y merecer el ser moderada por estas palabras tan bondadosas que le escribia el santo Obispo (1): «Os

(1) Carta CCXXXV.

»recomiendo tomeis descanso, dejéis el trabajo á las demás y no disputeis á todas sus coronas. En la enfermedad de las personas queridas, Dios nos amenaza á menudo sin tener designio de herirnos. Es preciso en todos los tristes acontecimientos, esperar con confianza un buen resultado, no de sus cuidados sino de la bondad de Dios.» Las religiosas, en efecto, recobraron poco á poco la salud; una sola, la hermana Chantal, habia estado de mucha gravedad; pero habiendo ido el santo Obispo á administrar la santa Uncion, pareció de repente durante la ceremonia que salia como de un profundo sueño, mirando con sorpresa á los asistentes y experimentando una mejoría sensible.

Habiendo pasado este digno padre toda la noche siguiente en oracion para alcanzar su perfecta curacion, la mejoría se aumentó, y la enferma, entrando en su estado normal, recibió esta carta del santo Obispo: «¡Animo, mi querida hija, ánimo en nombre del Señor! Procurad recobrar vuestras fuerzas para servir de nuevo á nuestro divino Dueño, para que, cuando vuelva nuestra amada madre, nos encuentre tales como desea encontrarnos. Si os hubiéramos dejado morir, su corazon se hubiera afligido profundamente. Dios sea bendito, porque nos ha visitado con su misericordia y nos ha consolado.»

La Señora de Chantal encontró á su llegada á todas las religiosas en un perfecto estado de salud, y en su consecuencia pensó en ejecutar el designio primitivo de su instituto, que era emplearse en la visita de los pobres y enfermos. El primer día del año de 1612 empezó esta visita, acompañada de la hermana Favre, y Annecy admirado vió á esta señora de tan alto rango penetrar en todos los albergues de la miseria, ir por las calles con toda la severidad y modestia religiosa, sin hablar á nadie y sin detenerse mas que donde la caridad la llamaba, llevar con sus propias manos á los enfermos todo lo que necesitaban, comida, remedios, lienzo y mantas; hacer sus camas, mudar sus sábanas y curar sus llagas, aun las mas repugnan-

tes. Los encontraba cubiertos de miseria y de úlceras, acostados sobre paja ó en el suelo, y los limpiaba sin dar la menor señal de repugnancia; les llevaba ella misma paja para que descansaran sus miembros doloridos, restableciendo la limpieza donde no habia mas que miseria y mal olor (1); y cuando el enfermo deseaba los sacramentos, iba á avisar al sacerdote y arreglaba la casa para recibir en ella con decencia la sagrada Eucaristía.

Estos bellos ejemplos de caridad movian á los pobres á hacerles amar la religion y dedicarse á su práctica. «Estas pobres gentes, refiere la misma madre de Chantal, se deshacian en amor y reconocimiento, y nos admiraban por las virtudes que practicaban en su miseria, sobre todo por su paciencia y resignacion al beneplácito divino, tanto para sufrir como para morir, no oyéndose mas que palabras de bendicion en estas pobres, amadas y benditas almas.» (2) El pueblo, viendo que las nuevas religiosas habian escogido á la Santísima Virgen por patrona y adornado su altar con su imágen, las habia llamado al principio hermanas de Santa María; pero cuando las vió tan dedicadas á la visita de los pobres y enfermos, no las llamaba mas que hermanas de la Visitacion, nombre que han conservado siempre despues, aunque no desempeñen ya el mismo ministerio.

Mas maravillada que nadie de la heróica caridad de su superiora, la religiosa que la acompañaba se permitió un dia pedirle el secreto de ella, recibiendo esta bella respuesta: «Os aseguro, mi querida hija, que nunca me ha ocurrido que sirvo á las criaturas, y siempre he estado persuadida de que en la persona de estos pobres enfermos curo las llagas de Jesucristo abiertas por nuestros pecados, y cubierto de mas úlceras que si hubiera sido atacado de una lepra general.» (3) Las otras religiosas

(1) Juan de San Francisco, p. 280.

(2) Cartas de la Madre Chantal.

(3) De Cambis, t. II, p. 284.

imitaron muy pronto á su digna superiora. Todos los meses se nombraban dos nuevas hermanas para esta visita de los pobres; una era durante la salida superiora de la otra, y esta celadora de su superiora: no iban sino á los lugares determinados por la obediencia, sin entretenerse en las calles ni hablar con nadie; y á la vuelta, la superiora daba cuenta del estado de los enfermos, y la celadora de la conducta de su compañera.

Un dia que la Madre Fichet y la Madre Favre desempeñaban este piadoso oficio, el santo fundador, detenido en cama por una llaga que tenia en la pierna, las hizo llamar en el momento en que pasaban delante de las ventanas del palacio: «Puesto que vais, les dijo, á curar á los pobres enfermos, aquí teneis uno que tiene una llaga en la pierna: ¿querreis hacerle la misma caridad?» Muy consoladas con poder hacer este servicio á su bienaventurado padre, las dos religiosas curaron su llaga con una mano que la hacia temblar el respeto y la alegría, lo que le hizo sufrir mucho sin manifestarlo; solo cuando la llaga estuvo vendada, les dijo: «Hijas mias, cuando cureis á los pobres, es preciso tener el pulso firme y no temblar, ni darse tanta prisa: porque cuando se toca á la carne viva con fuerza, se causan muchos dolores.» De vuelta á la casa, las hermanas informaron del hecho á la Madre Brechard; y esta, que era mucho mas hábil, se apresuró á solicitar el favor de ir ella á curar el augusto enfermo. Lejos de acceder á su peticion le prohibió, lo mismo que á la Madre Chantal y á las demas hermanas, ir á visitarle. «No os veré, les dijo, hasta que pueda llevar mi pierna enferma al locutorio.» (1) Tan grande era la reserva que se imponia su austera modestia.

Apenas restituida á la salud, tuvo el dolor de ver al cimiento de la nueva orden en peligro de venir por tierra. La madre Chantal, consagrada sin reserva al servicio de las enfermas, habia caido ella á su vez enferma, sin te-

(1) Manuscrito de la Madre Fichet.

ner en su enfermedad mas fuerza que la que le daba la energía sobrenatural comunicada por la gracia divina. Desde su noviciado habia estado sufriendo, y salvo algunos intervalos, sujeta á crisis violentas acompañadas de una completa postracion de fuerzas, en las que perdía el uso de la palabra, hasta el punto de que á cada momento se creía que iba á morir. Estos accidentes se aumentaron tanto en medio de todos estos trabajos, que temieron perderla. El santo Obispo, que la miraba como el apoyo de la órden, hizo llamar al punto á los médicos mas célebres para consultarlos; pero lejos de curar ó aliviar el mal, los remedios prescritos por ellos no sirvieron sino para agravarlo (1). Entonces se dirigió á un doctor hereje que tenia mucha fama, el cual se rindió á la invitacion, y mientras que estudiaba atentamente el estado de la enferma, Francisco, considerándole con pena, como mucho mas enfermo por razon de sus errores, se preocupaba enteramente de su curacion espiritual, que parecia interesante tanto como la Madre Chantal. «¡Ay, decia (2), qué no daría yo por la salvacion de una oveja tan digna de compasion! Dios, ante quien vivo y hablo, es testigo de que quisiera dar mi vida temporal, mi piel y mi sangre, por arrancarle de la muerte eterna.»

Sin embargo, el nuevo doctor no fué mas afortunado que sus colegas. «No veo, dijo, mas que una causa del mal: la señora está enferma de amor de Dios, y no sé curar estos males.» Este era, en efecto, el carácter principal de su estado: el amor divino la absorbía de tal suerte que, olvidándose de sí misma para no ver mas que el beneplácito de Dios, no pedia nada, no rehusaba nada, é indiferente para vivir ó morir, segun agradase á Dios, tomaba todos los remedios que le presentaban sin fijar su atencion en los efectos que podrian producir. «He conocido claramente, dijo un dia en un esceso de abandono, que no debe

(1) Carta CCXXI.

(2) Carta CCXXIV.

»formar regla, que esta prescripcion del médico me haría mal; pero no me he detenido á pensar en ello. Hasta que me han mandado que diga lo que conozca que me perjudica, hubiera tenido escrúpulo de mezclarme en nada, entregándome á Dios y la obediencia, y prefiriendo morir por sumision y abandono á vivir por cuidarme.» Francisco le recomendaba con frecuencia esta disposicion de abandono en Dios. «Colocad vuestra cabeza al pié de la cruz, le decia, y manteneos allí humildemente para recibir los méritos de la sangre preciosa que destila, con gran confianza en la misericordia divina.» El mismo se mantenía, con respecto á su enfermedad, en una sumision entera á las órdenes del cielo, esperando en paz, pero no sin viva ansiedad, el giro que tomaria el mal. «Está muy mal esta buena Madre, escribe (1), y mi espíritu muy afligido por su estado; pero si el soberano Artífice de esta nueva congregacion, quiere arrancar de sus cimientos la primera piedra fundamental que ha puesto en ellos, para ponerla en la Jerusalén celestial, Él sabe bien lo que quiere hacer del resto del edificio, y con este pensamiento quedo en paz.»

Algunos dias despues, habiendo empeorado el mal, vinieron á decirle que la enferma estaba de la mayor gravedad, que los médicos la habian desahuciado, y que se habia perdido toda esperanza. Esto hubiera sido para otro un golpe terrible, porque veia á punto de perder á aquella sobre quien habia fundado tan grandes designios y concebido tan bellas esperanzas; pero acostumbrado á sacrificar su propia voluntad en aras de la divina, no se turbó nada, y fué á dar en paz su último á Dios á la querida enferma. «Y bien, hija mia, le dijo con un rostro tranquilo y sereno, ¿no quereis que la voluntad de Dios se cumpla en todo?—Sí, sin duda, contestó.—Quizás, añadió con un tono tranquilo y resignado, quiere Dios contentarse con probarnos, como se contentó con la vo-

(1) Carta CCXXV.

»luntad que mostró Abraham de sacrificarle su hijo. Si es
»su beneplácito que dejemos la empresa á la mitad del ca-
»mino, al menos su bondad habrá visto que nos hemos de-
»dicado con buen deseo á la obra que nos habia inspira-
»do: que su santísima voluntad sea eternamente ben-
»dita.»

De vuelta á su palacio, habiéndole Luis de Sales es-
presado sus inquietudes sobre el rudo golpe que iba á su-
frir la congregacion con la muerte de una superiora se-
mejante: «Mi querido hermano, le contestó sin perder nada
»de su perfecta serenidad, Dios es un dueño poderoso é
»infinitamente bueno; todo está en sus manos; no necesita
»de nadie, y de las mismas piedras puede suscitar hijos de
»Abraham.» Sin embargo, quiso ensayar un remedio á su
modo: mezcló con la bebida de la enferma un poco de pol-
vo de las reliquias de San Carlos Borromeo, en cuya pro-
teccion tenia la mayor confianza, é hizo voto de ir en pe-
regrinacion á su sepulcro, si la santa superiora recobraba
la salud; ésta, no bien hubo gustado la bebida, exhaló un
gran suspiro, que creyeron era el último; luego, abriendo
los ojos, dijo á Francisco de Sales: «Padre mio, no moriré;
»conozco que estoy curada y me siento muy bien, gracias
»á Dios y á nuestro santo.» A estas palabras el santo pre-
lado entonó el *Te Deum*, que rezó con él toda la comuni-
dad. Pocos dias bastaron á la enferma para completar su
restablecimiento, y pronto pudo volver á tomar el gobier-
no de su congregacion, con sus prácticas de caridad y de
celo (1).

Dirigida por una superiora tan hábil y edificada con
tantas virtudes, la comunidad se aumentó rápidamente,
tanto en número como en fervor; y la casa de la Perriere
era ya muy estrecha para recibir á las aspirantes que se
presentaban.

Entonces la Madre Chantal compró en el interior de la
ciudad, cerca del lago, otra casa, y el martes 30 de octu-

(1) Memórias de la Madre Chaugy, cap. II, p. 167.

bre de 1612, fué á establecerse á ella con sus religiosas en
número de diez y seis, ocho profesas y ocho novicias. Allí
esperaba fundar el primer monasterio de la Visitacion,
comprando algunas casas pequeñas inmediatas á la suya;
pero este negocio, que parecia lo mas sencillo del mundo,
encontró los mayores obstáculos; y la ciudad, que debia
considerarse feliz con poseer religiosas que tan útiles
eran para socorrer las necesidades de los pobres, se mani-
festó opuesta á su santa empresa. Por un lado los magis-
trados y varios particulares, que hicieron entrar en la
oposicion á los mismos dependientes del Duque de Ne-
mours, pretendieron que el establecimiento de que se tra-
taba perjudicaria á los intereses del barrio y disminuiria
en él la circulacion y el comercio; por el otro, una casa
religiosa que estaba en la vecindad se asustó, pensando
que no podria elevarse un monasterio á su lado sin cau-
sarle perjuicio; y todo el mundo, alistándose bajo la ban-
dera de uno ú otro de los jefes de la oposicion, se levantó
contra el proyecto.

El santo fundador y la piadosa fundadora no se des-
concertaron por eso, y el Obispo recurrió al Duque de
Nemours, por lo que tenia relacion con sus dependientes
y los magistrados de la ciudad; y este, despues de haber
oído las razones en pró y en contra, desentendiéndose de
las pretensiones de los que se oponian, autorizó la compra.

Mas difícil fué persuadir á la casa religiosa; pero al
fin, á fuerza de paciencia y de prudencia, de dulzura y de
talento, se triunfó de este segundo obstáculo como del pri-
mero, y la adquisicion tuvo lugar, la casa fué apropiada
á su nuevo destino, y la Señora de Chantal se vengó de
uno de sus principales perseguidores, prodigándole todos
sus cuidados durante una larga enfermedad. «Este hom-
»bre, decia á sus hermanas, merece que tengamos gran
»compasion de él; siente aversion hácia nosotras, y es
»preciso que le curemos á fuerza de dulzura.»

A medida que la comunidad se aumentaba, el santo
fundador redoblaba los cuidados con sus santas hijas. Les

recomendaba con frecuencia que se mantuvieran en una constante igualdad de alma, tranquilamente unidas á la divina Providencia en medio de las contrariedades de la vida y de las repugnancias de la naturaleza; que interrogasen á su corazón á ciertas horas del día para ver si podían decir con verdad: «No soy yo la que vivo, es Jesucristo el que vive en mí;» (1) que inmolasen sin cesar su propia voluntad al beneplácito de Dios, hasta dejar sin hacer un punto, sin formar una letra, sin acabar una frase, cuando les llamase la obediencia (2); que consultasen á Dios en todo, como un hijo consulta á su padre; que recibiesen todas las cosas grandes ó pequeñas como venidas de su mano paternal; que hiciesen dulce y graciosamente al prójimo todos los servicios que desease (3); y por último, que se abandonasen enteramente, en lo que mira á la salud, á las personas encargadas de cuidar de ella.

Descendiendo de estos avisos generales ó detalles prácticos, les aconsejaba que *arrojasen desde la mañana, al despertar, toda su alma en el seno de Dios*, y la mantuviesen allí todo el resto del día por el fervor de la caridad. Las designaba, según la diversidad de las fiestas y tiempos, los asuntos de la meditación, primer ejercicio de cada día; les precisaba su objeto, enseñándoles á referirlo todo á la reforma de sus defectos é inclinaciones naturales, de modo que no viviesen ya para sí mismas, sino para Jesucristo; y les indicaba el medio seguro de alcanzar este fin, cuyo método era el mismo que espone en la *Introducción á la vida devota*. Quería que todas le siguiesen, y tuvo sujeta á él á la misma Señora de Chantal; y solo después de esta larga prueba, cediendo al atractivo de la gracia que inspiraba á esta alma escogida, la permitió una oración más sublime, en la cual se mantenía en una simple presencia de Dios y consideración de

(1) Cartas, t. IV, p. 75.

(2) Cartas, p. 78 y 79.

(3) Cartas, p. 80.

su nada, enteramente abandonada á la dirección del Espíritu Santo, sin procurar hacer un acto con preferencia á otro, descansando dulcemente en nuestro Señor, y dejándole sin impedimento ni resistencia hacer en ella lo que le agradase (1).

De la oración el santo doctor pasaba al sacrificio de la Misa, que presentaba á las religiosas como el sol de los ejercicios de piedad, el corazón de la devoción, el centro del cristianismo: y las enseñaba á unir sus homenajes á los de toda la Iglesia triunfante y militante, que en este sublime misterio se asocia ella misma á Nuestro Señor para glorificar con él, en él y por él á la Santísima Trinidad.

Cuando trataba del santo Oficio, les recomendaba recoger dentro de sí mismas todas las potencias de su alma para bendecir el nombre de Dios, y pronunciar las alabanzas de su divina bondad, que nunca podrá ensalzarse bastante. Instruyéndolas sobre el examen de conciencia y la confesión, las enseñaba á mantenerse postradas en espíritu á los pies de Jesús Crucificado; á representarse por la fe su sangre cayendo gota á gota sobre ellas para lavar sus manchas; y á llevar al santo tribunal, como un precioso tesoro, un corazón contrito y unido á Dios por un nuevo amor. Tratando de la Comunión, les recomendaba llevasen á la sagrada mesa un alma llena de fe, de esperanza y de amor, conduciéndose luego de tal suerte, que todos reconociesen al verlas que Dios estaba en ellas. Por último, les explicaba el modo de vivir como otros tantos holocaustos, enteramente consagrados á Jesucristo, ofreciéndole todos los momentos de su existencia, aun los del sueño y los de la recreación (2), entregando toda su alma al amor divino por medio de frecuentes aspiraciones ó elevaciones de corazón al soberano bien. «Porque, decía, estos santos ejercicios, lanzando y dirigiendo nuestros es-

(1) Cartas, p. 76 y 77.

(2) Carta CCLXI.